

progreso, ni sociedad, ni tal vez humanidad.

Porque ha de considerarse, rindiendo homenaje a la más pura y estricta justicia, que el médico que asistió y curó a un enfermo no posee una ciencia completamente suya: si paga una patente, si pagó todos los derechos universitarios, si se sometió a todos los trámites que le autorizan para ejercer su profesión, no creó su ciencia. Por circunstancias que le favorecieron y que a muchos les son contrarias, la tomó del tesoro científico de la humanidad, formado por la observación, el estudio, el trabajo, la metodización y la conservación de los conocimientos de todos los países y de todos los tiempos, a que todos sin excepción tenemos derecho, como miembros sociales, como verdaderos socios de la sociedad humana, aunque sólo se concedan a los que tienen acceso privilegiado a la Universidad, escuela cuyo nombre, aunque no su práctica actual, indica la grandiosa generalización de su origen y de su objeto, que es y ha de ser la difusión universal del saber. Por consecuencia, el médico de mi ejemplo ha de considerar la enfermedad, de procedencia interior o exterior, padecida por su cliente, como un mal que ha de evitar para sí, para los que ama y para el cuerpo social que le ha dado aptitud y capacidad para evitarle y destruirle, y en tal concepto ha de conocer o a lo menos ha de estudiar las causas próximas y remotas que le producen, ha de trabajar para su extinción y simultáneamente para destruir sus efectos mientras existan. El ideal particular de todo médico y de

toda entidad médica ha de ser, no sólo curar todos los enfermos, sino que todos se mueran de viejos. Y si se piensa como consecuencia que así los médicos se morirían de hambre, reformen la sociedad que tal injusticia hace verosímil. Nunca mejor ocasión que la presente, por dirigirme a personas de gran cultura, para encajar un pensamiento recogido en una de mis lecturas: «si la sociedad en que vives es injusta, no exhales vanos lamentos; ahí estás tú para reformarla». He ahí justificada la indicación que antes hice respecto al sindicato médico: como trabajadores científicos, como reformadores pueden tener un puesto de honor en la Confederación del Trabajo.

A la humanidad, a la sociedad, manifestación positiva de su existencia, debe todo ser humano su poder y su capacidad productora, puesto que de ella recibe los elementos necesarios, inaccesibles al exclusivo e individual esfuerzo, para desarrollar y completar eficazmente su aptitud, y en esa natural y espontánea donación halla su legítima y suficiente recompensa.

Ya sé que este criterio no se halla tan generalizado como a mi entender debiera estarlo; pero me basta saber que existe una asociación denominada Instituto Médico Social, en que le veo reflejado, para considerarlo como dato importantísimo de acción progresiva contra todas las fuerzas estacionarias o regresivas que se opusieran a su marcha: una luz, por débil que sea, basta para romper en determinado recinto la densidad de obscura y negra masa de tinieblas.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

IV

Hemos determinado, pues, el origen, la naturaleza y el valor de la moral. Su *origen* no es divino ni metafísico, es *natural, fisiológico y social*; su *naturaleza* es *psicológica*; su *valor* es el de una idea fuerza, de una

«psicosis» de primera importancia, de importancia mayor, que es el alma *efectiva* del mundo social.

Paja del *por qué metafísico*, de las consideraciones *in abstracto*, de las raciones puras. «Toda teoría—